

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

GERMÁN BERNÁCER

Madrid

CUAL yo presumía, si mi ilustre contradictor Don Josué Sáenz no se había convencido por sí mismo, mediante la observación de los hechos, de la necesidad de rectificar sus puntos de vista inspirados en la concepción keynesiana, no se iba a convencer por mis razones; las razones no suelen ser aceptadas sino por quienes se hallan ya propicios a admitir los resultados a que llegan. En los hechos económicos, cuyo enlace no nos es directamente accesible, cada uno de quienes aspiramos a comprenderlos nos formamos, con más o menos elaboración personal, un esquema dentro del cual encajar nuestras representaciones, y no renunciamos fácilmente a este nuestro particular columbario ideológico, a menos que un buen día advirtamos espontáneamente que los hechos que se nos ofrecen no encuentran allí su alvéolo adecuado, por mucho que los deformemos para hacerlos entrar en él. Si esta contraréplica tuviera por exclusivo objeto convencer al Sr. Sáenz, yo no la intentaría siquiera, ya que estoy persuadido de antemano de su inutilidad. Pero hay terceras personas, personas que quieren comprender y no tienen todavía su columbario; para ellas este debate puede no ser ocioso, si les facilita material para construir aquel donde sus palomas puedan encontrar cómodo cobijo.

I

Cuestiones de Interpretación

Permítame mi docto contrincante que, prescindiendo del orden en que él las expone, comience por hacerme cargo de aquellas objeciones que constituyen meras disparidades de concepto, despachadas las cuales, tendremos el terreno despejado para las cuestiones de fondo.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

1) Yo no dije, en mi impugnación de la crítica del Sr. Sáenz, que él confunda gasto y consumo. El que *lo identifica* (y no creo que lo confunda) es el Sr. Keynes en su silogismo. El Sr. Sáenz, por el contrario, es quien advierte, a mi juicio, que esa identificación no es legítima en buena lógica; no me explico de otro modo que modifique el primitivo silogismo keynesiano en un sentido que a mí me parece plausible, y así lo hice constar.

Lo sorprendente es que, a pesar de esto, el Sr. Sáenz se obstiene en considerar que esa identificación es necesaria, ineludible, y que no hay modo de distinguir entre gasto de consumo y consumo. ¿Entonces para qué la substitución? Esto lo encuentro incongruente. No diré que lo sea; acaso él tenga para ello alguna razón, pero a mí no se me alcanza.

He de hacer observar, por lo demás, que la diferencia entre consumo y gasto de consumo no reside para mí en que los consumidores o intermediarios retengan más o menos artículos sin consumir, al igual que la diferencia entre inversión y capitalización (los dos términos que los ingleses sintetizan en el vocablo *investment*) no se halla en que los capitalizadores acopien más o menos artículos de capital en cantidades absolutas, reside en que el diferente nivel de precios en cada momento permite con un mismo gasto consumir más o menos productos, o con un mismo ahorro formar capitales reales más o menos considerables.

2) También es un error de interpretación (sin duda porque no acerté a expresarme con la debida claridad) el decir que yo tildé a la vez de tautológicas y de falsas algunas de sus proposiciones. Relea el Sr. Sáenz con atención, y verá que lo que establezco es un dilema: o son tautológicas o falsas. Un dilema no es una oración copulativa, sino disyuntiva.

3) Dice mi amable contradictor que he acudido al desacreditado recurso de crear un hombre de paja para hacerle decir lo que a mi propósito conviene, y rebatirlo fácilmente luego. Y yo repaso vanamente el párrafo III de mi anterior artículo, sin poder hallar en qué

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

funda el Sr. Sáenz esta impresión. En dicho párrafo discuto las ideas de Keynes, pero no las expongo; lo que expongo son ideas mías y hechos según yo los veo, para cotejarlos con la ideología keynesiana. Aparte de esto, copio textualmente unas frases del propio Sr. Sáenz, para apoyarme en ellas como base de discusión. ¿Es esto crear hombres de paja? ¿Es que el Sr. Sáenz recusa sus propias manifestaciones?

4) También hay una mala interpretación en creer que yo identifico el concepto físico de producción con el monetario de ingreso nacional. No, yo no hago tal cosa, no puedo hacerla, porque sé, todo el mundo lo sabe, que un conjunto de cosas heterogéneas, la producción por ejemplo, no se puede totalizar físicamente. ¿Qué sentido tendría sumar toneladas de hierro y de trigo, metros de tela, horas de servicio, médico, etc., etc.? Esas cosas no se pueden totalizar más que por su valor de venta, y lo que yo identifico es el ingreso con el valor monetario de la producción, en lo cual estamos de acuerdo Keynes y este humilde economista, según el primer término del silogismo keynesiano (*Income = Value of production*).

Sería demasiado pedir al Sr. Sáenz que se tomase el trabajo de estudiar antes de discutir las; yo comprendo que ni mis teorías ni menos yo, tenemos la suficiente importancia para entretener su atención. Pero reconozca también mi estimado contrincante que así resulta un tanto difícil entenderse. Me atrevo a rogarle, siquiera por una vez, que se moleste en consultar mi último libro (el amable Director de esta Revista no tendrá seguramente inconveniente en permitirselo) y allí en su página 15 encontrará este párrafo: "Uno de los (numerosos prejuicios y falsos conceptos) más perniciosos es el de la búsqueda de una medida invariable del valor de las cosas; son muchos los economistas que se han dejado llevar de la vana ilusión de una medida común de mercancías y servicios independiente de la moneda. Tal medida no puede existir; tan sólo la moneda, con toda su variabilidad, es medida común de los valores; tan sólo merced a ella se puede totalizar no importa qué volumen y diversidad de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

bienes económicos, con tal que el mercado les asigne un precio o tengan un coste computable en dinero". Y en las páginas 240 y siguientes se juza el intento de Pigou y Keynes de escapar a la moneda, en el cómputo común de mercancías y servicios, por medio del empleo de unidades de trigo o de trabajo.

Absurdo que, pensando yo así, hubiera incurrido en la ingenuidad de totalizar la producción ni ningún otro conjunto de mercancías varias, por sus medidas físicas. Eso no se me hubiera ocurrido jamás.

5) Una lamentable confusión, ésta mía, es la de los hechos con su interpretación.¹ Un tanto metafísica me parece la cosa, porque los hechos en sí no los podemos conocer; lo único que nosotros sabemos de los hechos, como de todo, es la representación que de ellos tenemos, y esa representación es, al fin y al cabo, una interpretación según nuestros sentidos y nuestra inteligencia. Tratándose especialmente de hechos económicos, que nada nos dicen si no los relacionamos unos con otros y con los fines perseguidos, resultan huecos de contenido, sin una interpretación que nos permita formarnos una imagen mental de ellos; sobre esto es lo que andamos los economistas dicutiendo y a veces peleándonos. De modo que, cuando decimos de algo que es prospectivo o no prospectivo, nos referimos naturalmente a nuestra interpretación de las cosas.

Pero yo tengo la debilidad de creer —sin duda por mi simplicidad—, que un hecho, por la sencilla razón de ser un *hecho*, no es ya nada prospectivo. Un hecho es un *sucedido*, es decir, una cosa pasada; y como el tiempo no lo podemos revertir (ese es su carácter esencial), lo que en él ha sucedido tan sólo podemos considerarlo retrospectivamente o en pretérito. Si prospectivo es, según creo, lo contrario de retrospectivo, o sea la consideración de las cosas antes de ser, lo que podemos considerar prospectivamente no son los hechos, sino la previsión de los acontecimientos, nuestra intención

¹ Párrafos viii y ix de su escrito.

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

de realizar acciones, todo lo que podemos saber de lo que ha de suceder antes de que sea sucedido, esto es, mientras se halla sólo en la mente o en futuro. Un hecho no lo podemos contemplar prospectivamente, ni más ni menos que no podemos contemplar de frente el paisaje que hemos dejado a nuestras espaldas. *Prever el pasado o recordar el porvenir* son frases vacías de sentido. ¿No lo cree así el Sr. Sáenz?

A juzgar por su argumentación, no. Mas yo creo que mi ilustre contradictor sabrá sacarnos de nuestra perplejidad con sus aclaraciones, que le suplico.

Porque no me diga que en esto hay inmiscuidos conceptos semánticos y de filosofía del tiempo, ni de ninguna filosofía que un economista, por simple que sea (y el Sr. Sáenz no lo es), no pueda resolver; porque según lo que a mí se me alcanza, el único problema aquí implicado es uno de sentido común, de ese bien mostrenco que, por definición, debe ser patrimonio de la humanidad toda, incluyendo a los economistas, pero de que algunos, como yo, carecemos.

II

Conceptos Monetarios, Reales y Psicológicos

Pasemos a cuestiones de mayor enjundia.

6) Conformes con que no debemos mezclar conceptos económicos y psicológicos; lo psicológico no tiene estado económico hasta que se traduce en un acto económico. ¡Si viera el Sr. Sáenz las batallas que yo he reñido por desterrar de la ciencia crematística ese comodín de los factores psicológicos que sólo sirve para encubrir las deficiencias de las argumentaciones positivas! En fenómenos económicos no hay más factores inmediatos que los económicos, del mismo modo que en los fenómenos físicos no hay otros factores determinantes que los materiales. (Supongo que el Sr. Sáenz no admitirá los milagros ni en un caso ni en otro.)

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Contemplar un cuadro no será nunca un acto económico, sino estético, pero pagar por un cuadro o por su contemplación es un hecho económico, enlazado con el estético de la admiración que nos puede producir, pero distinto de él. Comprar un cuadro es un acto tan económico como comprar unos kilos de patatas, lo cual no quiere decir que confundamos la Economía con la Fisiología de la alimentación ni con la Bioquímica de los hidratos de carbono, de la misma manera que no la confundimos tampoco con el Arte ni con la Estética porque reconozcamos el carácter económico de la compra de una obra de arte. Lo cual no quita para que la mayor o menor cotización de las obras de arte sea tan interesante como el alza o baja de las patatas o las variaciones de cotización de las acciones ferroviarias. Esto no es considerar hechos psicológicos, sino hechos económicos, y en términos reales, porque ¿cómo sabemos si el precio de las patatas sube o baja si no consideramos kilos de patatas, ni si la cotización de las obras de arte o de los títulos bursátiles es mayor o menor, de no estimarla en relación con la materialidad de las obras o títulos cuyas oscilaciones de valor queremos apreciar?

El Sr. Sáenz no quiere conceptos psicológicos. Por mi parte, de acuerdo. Pero esto no me lo debe decir a mí, sino a sus correligionarios, pues no pretenderá que la estimación prospectiva del futuro, por ejemplo, sea un concepto real ni monetario.

7) Esto me lleva de la mano a contestar a un argumento de mi distinguido contrincante, que copio literalmente, para evitar *pajoleras* cuestiones: “ningún problema económico puede ser planteado o resuelto satisfactoriamente si algunos de sus elementos están expresados en términos monetarios y otros en términos reales o psicológicos. O se analizan los fenómenos macroeconómicos expresando todo en términos monetarios, o se examinan expresando todo en unidades físicas. En el último caso el problema de contabilidad social es tremendo en ausencia de un denominador común, pero mucho se puede lograr. Lo que sí es ilógico y peligroso es el procedimiento del

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

profesor Bernácer consistente en querer tratar indistintamente en una misma ecuación con unidades físicas y unidades monetarias”.

¿No le parece al Sr. Sáenz que se dogmatiza demasiado en este párrafo? ¿No cree que cuando decimos que 250 grs. de pan valen 5 centavos, que cien kilos de azúcar cuestan 40 pesos, que el valor de 31 gramos de oro son 189 chelines, o que la hora de lección de un profesor cuesta dos pesos, no hacemos más que establecer una serie de ecuaciones en que mezclamos cantidades reales y monetarias, y que no hay otra manera de expresar una cosa tan característicamente económica como son los precios de los artículos y servicios?

Y si de lo vulgar nos remontamos a lo teórico ¿qué son las *schedules* de Keynes sino análisis de la oferta y demanda en términos de precios monetarios y cantidades físicas de los productos, que las curvas de mercado de casi todos los tratadistas actuales que se refieren a dos ejes sobre uno de los cuales representan precios monetarios y sobre el otro cantidades físicas?

Yo ya sé que todo esto no lo ignora el Sr. Sáenz, y que aunque en el párrafo que he transcrito, la cosa se enuncia así en forma general y dogmática, no es eso lo que ha querido, sin duda, expresar. Y como yo, lejos de apetecerme los métodos desleales de polémica, como cree el Sr. Sáenz, los abomino —porque en un debate científico lo único que debe importar es esclarecer las cosas y no dedicarse al vano deporte de la dialéctica por la dialéctica, para hacer prevalecer, lo merezcan o no, los propios puntos de vista—, voy a procurar interpretar con la mayor lealtad lo que pienso que ha querido él decir.

8) Y lo que ha querido decir el Sr. Sáenz —mal expresado por mí— me parece que es aproximadamente lo siguiente: Cuando el problema del precio se plantea para mercancías particulares, el cacao o la lana, y más concretamente, para una cierta clase de cacao o de lana, tenemos dos unidades para computarlas: quintales y unidades monetarias, entre las cuales se establece la relación precio. Mas cuando el problema del precio se plantea para la moneda misma, la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cosa se complica; no lo podemos apreciar con respecto a ninguna mercancía particular, cuyo precio se hallará influido por factores específicos, y no tan sólo por los que determina la variación de valor de la moneda, el cual hay que estimarlo en relación con el de todas las demás mercancías o de un conjunto de ellas bastante numeroso para que, compensándose las influencias particulares que obran sobre cada una, no queden más que aquellas que determinan las alteraciones generales del nivel de precios.

El problema ofrece dificultades singulares precisamente porque, para un conjunto vario de mercancías, no puede haber más elemento común que el valor, que no cabe apreciarlo más que en unidades de valor, es decir, en unidades monetarias. ¿Y cómo fijar el valor en dinero de un mismo conjunto de artículos de dos maneras diferentes, que nos indiquen por su relación las variaciones de estimación de la unidad monetaria de un momento a otro?

Empíricamente la cosa se ha resuelto, como el Sr. Sáenz sabe, fijando el precio en dos épocas diferentes de un agregado de mercancías representativas y considerando que el cambio de valor de la moneda corresponde al inverso del precio alcanzando por ese conjunto de artículos. Esto equivale a expresar los valores de una época en unidades de valor de la época base.

Pero teóricamente la cuestión se halla por resolver, y ese expediente empírico de los precios-índice, con todas sus deficiencias, no es más que un *modus vivendi*, mientras no se encuentra algo mejor. Ese algo mejor que la ciencia económica debe buscar, son las causas de las variaciones del valor del dinero, de modo que éstas puedan determinarse por datos básicos del mercado, y no por índices puramente empíricos.

Esto es lo que, mal o bien —*ai posteri l'ardua sentenza*— he intentado. Keynes acude a los índices empíricos, porque sus deducciones no le pueden llevar a ningún resultado en este aspecto, ya que desde el primer momento ha abandonado uno de los términos del problema. No es una razón que el vulgo distinga entre gasto y

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

consumo, para negarse a distinguirlo en la Ciencia, porque eso no sería ir más allá, sino quedarse más acá que el vulgo; y la misión de la Ciencia es afinar los conceptos, establecer distinciones necesarias allí donde el vulgo no ha sabido establecerlas, nunca borrar distinciones donde el fino instinto de la práctica las ha dibujado.

9) Quieran o no quieran los keynesianos, gasto y consumo son cosas diferentes, como lo son inversión y capitalización; ambos conceptos se hallan separados por las variaciones de los precios, que son un hecho positivo y fundamental en la mecánica económica. Ni el Sr. Sáenz ni nadie pueden negar que prever y prevenir tales variaciones, que a veces son catastróficas, constituye uno de los problemas prácticos más acuciosos del presente. Si al Sr. Sáenz le deja satisfecho lo conseguido por Lord Keynes, sea enhorabuena; a mí no me satisface, y a otros muchos tampoco. Antes de su intento yo pretendí ya llegar más allá.

Alega el Sr. Sáenz que identificar ambos conceptos resulta ineludible, porque gasto e inversión son la medida del consumo y de la capitalización respectivamente. Desde luego que en España no hemos descubierto el medio de consumir sin gastar —no estamos en el país de Jauja ni mucho menos—, pero tampoco se ha inventado en ninguna parte el medio de consumir siempre lo mismo con el mismo gasto. Si tal fuese, si el número de pesos gastados correspondiese siempre a consumos equivalentes, tanto daría hablar de una cosa como de otra. Mas ocurre que no es así, que las variaciones en el nivel de precios —clave de la coyuntura— es uno de los efectos tras cuya causalidad vamos, y si desde el primer momento identificamos los dos términos afines, tenemos que renunciar *ipso facto* al esclarecimiento de esta cuestión esencial. ¿Qué diría el Sr. Sáenz de las medidas hechas con un metro de goma que unas veces se estirase y otras se encogiese? ¿Sería eso un modo de establecer la conmensurabilidad entre las dimensiones de las cosas, a menos de ser una conmensurabilidad totalmente engañosa?

No está el mal en que el Sr. Sáenz no logre convencerme a mí

EL TRIMESTRE ECONOMICO

de que es indiferente considerar consumo y gasto de consumo; es que no logrará convencer a nadie, que no sea economista de profunda fé keynesiana; no logrará sobre todo convencer al pobre pensionista a quien no le han aumentado la pensión y ve elevarse el precio de los artículos que ha de consumir.

III

El ahorro y la inversión

Eso de la igualdad invariable entre ahorro e inversión es otra de las cosas que los keynesianos suelen tomar más a pecho. No se les cuece el pan mientras no nos hacen reconocer que no tienen más remedio que ser idénticos en todo momento. Y, sin embargo, ¿cómo quieren que tomemos a pies juntillas su famosa proposición si en el fondo tampoco ellos están convencidos? Así se deduce de expresiones que quizás se les escapen del subconsciente, cual ésta del Sr. Sáenz, sin ir más lejos (epígrafe II): “retrospectivamente el ahorro y la inversión se *hacen* iguales”. Dejemos lo de retrospectivamente porque, después de mucho hablar de prospectivo y retrospectivo, lo único que hemos sacado en claro, es que eso no está nada claro. Pero el que *se hagan* iguales ahorro e inversión indica por lo menos que *no lo son* siempre.

Más explícitamente resulta así del contexto de la nota 2 en la p. 657* de la réplica de Sáenz: “Si Keynes hubiera pensado que el ahorro y la inversión eran en todas condiciones idénticos...” ¡Ah! Pero entonces ¿para qué presentarnos esa proposición como el resultado de un silogismo ineludible y apoyar sus deducciones sobre la certeza de tal conclusión? Esto no es serio. O son necesariamente iguales ahorro e inversión, o no lo son. Si hay que emplear medi-

² *Ex post Bernácer*, EL TRIMESTRE ECONÓMICO. Vol XIII, n° 4. 1947.

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

das para que lo sean, es que sólo lo son condicionalmente, y en ese caso debe establecerse concretamente cuáles son las condiciones en que lo son y en que no lo son. Toda otra cosa es confusionismo. Yo sólo me explico tamañas contradicciones por ser Keynes un intuitivo que no gustaba o no tenía tiempo de madurar y elaborar sus intuiciones, geniales sin duda. En la exposición que hace de ellas luchan siempre sus conclusiones prematuras sobre una verdad sólo entrevista, con las percepciones de una realidad insobornable.

Ya sé yo que no es el Sr. Sáenz el responsable de tamaña confusión. De las explicaciones de la señora Robinson³ —otro epígono de Lord Keynes—, y que han sido agudamente comentadas por el Prof. Robertson,⁴ resultaría que, en vez de una igualdad, lo que existe entre esos dos términos es una tendencia a la igualdad; mas la tendencia a la igualdad entre términos que se hallan en constante variación, como es el caso de la inversión y el ahorro, supone lógicamente que no sean nunca exactamente iguales. Si “los niveles de la comunidad y el volumen de ocupación de factores humanos y materiales son los que se han de mover en la dirección necesaria para lograr esta equivalencia”,⁵ dada la natural inercia de tales factores sería lógico suponer que en un proceso dinámico, cual es el de la realidad económica, el uno irá siempre a la zaga del otro. Claro que estas consideraciones dinámicas suelen tener muy poca fuerza para los keynesistas.

Todavía puedo aportar otro testimonio, el del Dr. Polany, quien ha publicado un libro,⁶ que no deja de tener sus méritos, en el que se declara tan acérrimo keynesista como puede serlo el Sr. Sáenz. Pues bien, en ese libro se niega explícitamente la igualdad del ahorro y la inversión, sin que el autor parezca advertir que incurre

³ *Introduction to the Theory of Employment*, p. 22.

⁴ *Essays in Monetary Theory*, 1ª ed. p. 6, nota.

⁵ Palabras de don Josué Sáenz, p. 655-56.

⁶ Michael Polany. *Full Employment and Free Trade*. The University Press. Cambridge, 1945. Ver pp. 10 y 11 especialmente.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

en heterodoxia con la doctrina del profeta. Dice por ejemplo: "Si el ahorro *supera* a la inversión, se opera un drenaje sobre la circulación que deprime la ocupación, estrangula la producción y reduce la renta nacional". Lo único que admite es una tendencia a equipararse ambos, pues la menor renta obliga a menor ahorro, con lo cual acaba por rellenarse el resquicio entre éste y la inversión. Todavía es más explícito en este pasaje: "la relativa rapidez con que se cancela la diferencia entre ahorro e inversión, hace que, *con abstracción del tiempo*, se expresen ambas magnitudes como una necesaria identidad. *Esto es una gran confusión*". (Los subrayados son míos, el primero para indicar que no soy yo el único que juzga que esa identidad sólo se puede establecer haciendo abstracción del tiempo, una cosa que por decirla yo ha suscitado la indignación del Sr. Sáenz; ya ve que lo dicen hasta algunos que se llaman discípulos de Keynes. El segundo subrayado señala un tremendo mentís al maestro sobre un punto esencial de su doctrina.)

¿Qué diría Lord Keynes de este libro herético si tuvo ocasión de conocerlo antes de su muerte?

¿Pues sabe mi docto amigo el Sr. Sáenz lo que este heresiarca de la doctrina keynesiana reputa como remedio de todos los males económicos de la sociedad? La desgravación de los tributos y los déficit crónicos y masivos de los presupuestos públicos.⁷ ¡Cuando yo digo que hay que mirar con desconfianza esa doctrina keynesiana! No es la bomba atómica precisamente, pero es algo bastante peligroso para el porvenir de la Humanidad.

10) Hay un punto especialmente de mi argumentación que yo hubiera querido ver explicado por el Sr. Sáenz, pero sobre el cual ha guardado silencio. Es éste: según la proposición primera de su silogismo, los ingresos de la comunidad son iguales al importe global de las ventas hechas. Con arreglo a las proposiciones siguientes, el importe de las ventas sería igual al gasto de consumo más la inver-

⁷ Tampoco me parece que sería aprobada por el maestro esa concordancia entre el empleo pleno y el libre cambio que el autor establece.

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

sión en capital. El Sr. Sáenz identifica finalmente ambos montantes de ventas, identificación sin la cual no puede llegar a su conclusión. Pero yo digo que ambos montantes no han de ser precisamente iguales.

Para mí el proceso lógico es el siguiente: las ventas realizadas determinan los ingresos de un cierto período, y podemos convenir sin esfuerzo en que las unas son iguales a los otros, porque los últimos nacen de las primeras. Esos ingresos, unos se gastan y otros se ahorran; los que se gastan engendran unas ventas y, por tanto, unos ingresos iguales a ellas mismas; los que se ahorran no originan ingresos de momento, pero sí en cuanto se invierten. Si se invierten totalmente siempre, como los keynesistas ortodoxos suponen, originarán ventas e ingresos iguales en magnitud al ahorro e inversión. De aquí se colegiría que el total de ventas y de ingresos será igual al de antes, y a partir de tal premisa sería fácil demostrar que los ingresos de cualquier comunidad serán invariables, y que las crisis, las depresiones y los fenómenos de paro son imposibles, con tanta lógica por lo menos como Zenón de Elea demostraba que una flecha disparada contra un blanco no llega nunca a él.

Yo le aseguro al Sr. Sáenz, con el corazón en la mano, que no he logrado entender —y me he preocupado de lograrlo— cómo a partir de tales supuestos, es posible llegar al resultado de las fluctuaciones industriales. En cambio, la cosa me parece muy clara si admitimos que no todo el ahorro hecho a expensas de los ingresos de una cierta época se capitaliza, se convierte en capital real, porque entonces en las ventas, en los ingresos de los períodos subsiguientes, faltará el importe del ahorro no invertido; por consiguiente, los ingresos disminuirán y también las posibilidades de demanda. Esto de que el ahorro se deje sin invertir no es una cosa que repugne a nuestra institución; todo el mundo lo admite como dato de experiencia, y los correligionarios del Sr. Sáenz tienen que hacer los mayores esfuerzos para destruir esta noción experimental.

Por el contrario, si en otra época ese ahorro no invertido antes

EL TRIMESTRE ECONOMICO

se invierte, las ventas resultan mayores que los ingresos, pues se hallan formadas por el montante de éstos más la inversión suplementaria de ingresos en reserva (disponibilidades). A esta explicación que da cuenta clara a mi juicio de las fases de expansión y contracción, le cierra el camino esa pretendida igualdad fatal entre ahorro e inversión.

11) Vamos a cuentas, Sr. Sáenz amigo, ¿qué inconveniente hay en admitir que, si en un período determinado las ventas y, por tanto, los ingresos nacionales, ascienden, digamos, a cien millones de pesos, pero los perceptores de esas rentas sólo gastan 50 en sus consumos, y los otros 50 (ahorro) —porque la situación de la industria y el comercio no son propicios, cual ocurre en momentos en que la inversión en ellos es poco rentable—, no se capitalizan totalmente sino que 10, por ejemplo, quedan guardados en las gavetas de los ahorradores o colocados en Bancos, los cuales, no encontrando por la misma causa prestatarios solventes, disminuyan sus existencias de Caja en exceso haciéndolas refluir al Banco central que se ve forzado a contraer la circulación?

De la producción han nacido 100 millones de pesos de ingreso y artículos vendibles (de consumo o de capital) que valen lo mismo ¿no es así? Hasta aquí creo que estaremos de acuerdo, pero ¿cómo va a ser lo mismo que la situación sea propicia y la rentabilidad de los negocios industriales grande, o que suceda lo contrario? ¿Puede la inversión del ahorro verificarse indiferentemente en un caso y en otro?

Mi opinión es negativa. En el primer caso se emplean $50 + 50 = 100$ millones en la compra de lo que se ha producido; en el otro no se emplean más que $50 + 40 = 90$, y la coyuntura económica se resentirá de ello. La demanda de artículos de capital disminuirá, el total de ventas será menor, y como muchos de los que consumen viven de ingresos derivados de la producción de bienes de capital (construcción de maquinaria, edificación, etc.), sus rentas bajarán y no podrán consumir tanto, de lo cual resulta que también la de-

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

manda de artículos de consumo disminuye al descender la renta. De ahí viene la baja persistente de precios generales y paro recalcitrante, porque cuanto más bajan los precios, menos atractiva resulta la industria y el comercio para la colocación de los nuevos ahorros, y en menor cuantía se invierten.

Seguramente el keynesiano que hay en usted, Sr. Sáenz, dirá que eso es muy difícil si no imposible, porque los atesoramientos que unos hacen son a expensas de los otros. Mas no hay tal; aquí no nos interesan los atesoramientos de todos sino tan sólo unos: los atesoramientos de los compradores. De ahí esa distinción que hago entre dinero de los productores o empresas, dinero de los consumidores y dinero de los ahorradores; estos dos últimos los reúno en un mismo grupo, no porque sean una misma cosa, sino porque ambos son de compradores: el uno se emplea en comprar artículos de consumo y en parte se ahorra; el otro, unido a los nuevos ahorros, se destina a comprar artículos de capital, pero puede tardar a emplearse en ello.

Yo creo —aunque naturalmente no esté muy seguro— que los keynesianos admitirán que en el ejemplo anterior habría una disminución de la renta a 90 millones. Pero ¿por qué se verifica esto? ¿Cómo se reduce la renta sin quedar ingresos por invertir? He aquí el misterio keynesiano. ¿Qué se hace de esas rentas que fueron obtenidas y luego se han desvanecido sin dejar rastro? La explicación mía es sencilla, al menos tiene ese mérito: los sujetos económicos han recibido cien millones, pero no han gastado más que 90, los cuales han retornado a los productores, que han dispuesto así de 10 millones menos para pagar nuevas rentas. Si quieren seguir la producción al mismo ritmo, necesitarán tomar 10 millones a préstamo. Mas ¿para qué lo harán? Han recibido 90 millones de dinero y (suponiendo que no hayan variado los precios) se les han quedado mercancías por valor de 10 millones de pesos, importe de unos ingresos que han suministrado a la comunidad (incluyendo sus propios beneficios) y que, al revés de las oscuras golondrinas de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

nuestro poeta, no han vuelto. Esos artículos sin salida son una advertencia para que no intenten producir otra vez por valor de 100 millones en un período igual, porque se les quedarían en las manos 20 o más sin vender.

12) Ahora bien, yo he querido —como antes he dicho— ir un poco más lejos: he querido ver si, a base de estas deducciones, se podría llegar a precisar teóricamente cuáles serán, en función de los datos del mercado, las causas de las variaciones del nivel de precios.

Es indudable que si, no gastando los compradores más que 90 millones, los vendedores se empeñarán en vender todos los artículos producidos, que representan ingresos por 100 millones, cada 10 pesos de renta existentes en los productos tendrían que ser comprados por 9 pesos de dinero. Si en el caso en que 10 unidades de dinero compren artículos que contienen también 10 unidades de renta, decimos que hay equilibrio del mercado, en el caso de ser compradas por nueve, tendremos que decir que hay un desequilibrio de 10%.

Sin embargo, no es nada seguro que los vendedores se empeñen en vender, a cambio de los 90 millones, los mismos artículos que si los compradores gastasen 100 millones, por su natural resistencia a bajar los precios. Lo probable es que vendan menos. Si no se dan cuenta del cambio operado y siguen vendiendo a los mismos precios de antes, cuando los 90 millones de pesos que suponemos gastados por los compradores, se hayan invertido, éstos se habrán llevado artículos que contienen 90 millones de pesos de renta (incluyendo los beneficios habituales), y como son 100 pesos los ingresos engendrados en total por la producción durante ese lapso, les quedarán por valor de 10 millones de remanente en artículos invendidos sobre los *stocks* normales.

Mas, muy bien puede ocurrir que a los vendedores les interese desembarazarse de sus géneros, por razones económicas o financieras, y bajen los precios. Entonces sucederá que cada peso invertido comprará más de un peso de renta presente en el coste de los pro-

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

ductos: las existencias disminuirán más de prisa que los recursos en manos de los compradores y, por consiguiente, éstos quedarán, al cabo del tiempo que se considere, con más disponibilidades que valor de existencias hay en poder de los vendedores. Lo contrario sucederá si hay retracción de los vendedores y alza de precios.

13) En todos los casos yo represento el coeficiente de desequilibrio por un quebrado cuyo numerador es el importe de las ventas, (igual al montante de los ingresos totales menos el aumento experimentado entre tanto por los recursos de los consumidores o más su disminución) y por dominador la diferencia entre los ingresos totales (iguales en importe al valor de la producción) y el aumento o disminución de valor de las existencias; esta última diferencia no es otra cosa que el número de unidades de renta salidas de los productos vendidos.

Veamos un ejemplo. Sean 100 millones el valor de la producción, igual a los ingresos obtenidos por los partícipes de ella, 90 millones de pesos el montante de las ventas y 10 millones, por lo tanto, el aumento de recursos en poder de los compradores. Por otra parte, las empresas han acumulado existencias por 5 millones más de los que poseían al principio del período. El coeficiente unitario de desequilibrio será

$$\frac{100 - 10}{100 - 5} = \frac{95}{95} = 0.947$$

Todo esto representa ideas concretas, claras, matemáticas. Ya advierto que a las matemáticas no les profesa el Sr. Sáenz la mayor devoción. Desde luego no hay que exagerar su valor; no pasan de ser un lenguaje, un lenguaje que obliga a dar precisión a los conceptos, pero que no puede devolvernos más ideas que las que en él pongamos, como una máquina de hacer salchichas no puede rendirnos más peso de salchichas que el de la carne y otros ingredientes que introduzcamos, pero eso no quita para que con la máquina

EL TRIMESTRE ECONOMICO

podamos hacer las salchichas mejor y más de prisa que sin ella. Lo mismo en las matemáticas.

(Obsérvese, de paso, que la substitución que hace el Sr. Sáenz del valor de la producción por el importe de las ventas, en el silogismo primitivo del maestro, no es tan intrascendente como parece, porque una cosa es la producción y otra las ventas, ya que es corriente que no se venda toda la producción (no creo que ningún keynesiano llegue a afirmar que esto es una pura ilusión de nuestros sentidos, o quizás una falsa interpretación de los hechos). En nuestro anterior ejemplo numérico, 100 es el valor de la producción y 90 tan sólo el importe monetario de las ventas; el valor real de éstas es 95. No sé si para los keynesianos todo será uno y lo mismo. Puede admitirse que el importe de las ventas determina y condiciona los ingresos del período subsiguiente, pero de ningún modo que sea necesariamente igual a la producción del mismo período. Todo esto está muy tenebroso en la doctrina de Keynes y sus secuaces).⁸

IV

El análisis temporal

14) No sé por qué me achaca el Sr. Sáenz que me solidarizo con el método de análisis periódico de Robertson y de Hicks, cuando declaro precisamente en el párrafo VII a que alude, que mi método es diferente. Naturalmente, el que uno no esté conforme con otro autor sobre determinado punto, no es razón para negarle mérito general a su doctrina, y la del Profesor Robertson tiene el de haber introducido en el análisis económico teórico la verdadera noción del tiempo que es la de su sucesión irreversible, la que a mi juicio falta en Keynes.

⁸ Véase sobre esto el artículo del profesor Lutz en *Quarterly Journal of Economics* (agosto, 1938), reproducido en *Ensayos sobre el Ciclo Económico*, recopilados por el Prof. Haberler (Fondo de Cultura Económica, México, 1946).

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

Este último autor no tiene más remedio que aceptar la variabilidad como un dato de experiencia, pero el nexo que enlaza unos momentos de tiempo a otros no es visible. Para él, si en una época la producción y la ocupación es menor que en otra, se debe a que la suma de consumo e inversión es menor en la primera. Esto es evidente puesto que la producción total se define como la suma de ambas cosas. Mas lo interesante no es esto, lo interesante es cómo se pasa de una época a otra, por qué un cierto consumo e inversión se convierten en un consumo y una inversión menor o mayor. Decirnos que esto se debe a la propensión de consumir y de invertir, no es darnos una explicación económica, sino una explicación psicológica; el remedio contra esto tendrían que proporcionarlo los psicólogos o, en todo caso, los psiquiatras, y no los economistas. Y yo, por más que la he buscado, no he encontrado en la *Teoría General* ninguna explicación más convincente.

15) El Sr. Sáenz reconocerá que, independientemente del cristianismo, del budismo y del ateísmo, cuestiones que no tienen nada que ver con nuestro asunto actual, hay una ley de causalidad, que toda la ciencia acepta como base para sus indagaciones, porque si no trata de inquirir las relaciones de causa y efecto, es decir, de los fenómenos con sus antecedentes, la ciencia no tiene nada que hacer. Esto es independiente de toda cuestión relacionada con una primera causa, problema tan ajeno a la ciencia como el del Juicio Final. Lo que a la ciencia interesa son las causas y efectos que se desarrollan entre la primera causa y el último efecto, que son los únicos accesibles a la observación y al entendimiento de los hombres.

¿Cómo puede achacarnos el Sr. Sáenz a los propugnadores del análisis periódico que nos olvidamos de que lo sucedido en un “período artificial dado no puede ser hecho abstrayéndose de lo que aconteció en los anteriores y del efecto que a su vez surtirá en los posteriores”? Con decir que el método consiste en considerar siempre los períodos sucesivos, parece que basta para dejar desvirtuada la imputación.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

No veo, además, por qué nuestro período ha de ser ni más ni menos artificial que otro cualquiera, por ejemplo, el de Keynes. ¿O es que Keynes, al establecer su igualdad entre ingresos y valor de la producción, entre ahorro e inversión, no piensa en un cierto período más o menos arbitrario? ¿Es que sería posible fuera de un tiempo definido asignar valor concreto a tales magnitudes?

Lo que pasa es que Keynes piensa en un período y no en el siguiente ni en el anterior, y Robertson trata de establecer el enlace entre ellos. Que el tiempo discontinuo del Prof. Robertson no me satisface, ya lo he dicho yo en mi libro reciente y lo repetí en mi primera réplica al Sr. Sáenz. Por esto no cabe negar que el buen camino se halla del lado del análisis temporal. El análisis temporal es precisamente el que tiene en cuenta las causas anteriores y los hechos posteriores en su justo orden. Para ello no es menester remontarse a los orígenes de los tiempos; basta considerar los hechos a partir de un cierto instante; no sabemos de ninguna ciencia que proceda de otro modo. El que no hayamos logrado desvelar el misterio de los tiempos prehistóricos y del origen del hombre, no es un obstáculo para la Historia ni para la Antropología, ni el que la Cosmografía ignore el origen de los mundos es óbice, sino acicate, para sus investigaciones.

Yo no sé si en los Estados Unidos se analizan las estimaciones del ingreso nacional, del volumen del consumo, siguiendo las ecuaciones de Keynes, ni los frutos que se derivarán de ello, aunque me parece que para indagar estas cosas nunca han hecho mucha falta teorías, y que lo peor que puede ocurrirle a la labor estadística es que se haga con *partipris*. Pero, desde luego, lo que más creo yo que falta en Keynes es la idea de continuidad.

El análisis keynesiano refluye siempre sobre sí mismo; los ingresos de un período compran los frutos del mismo; las ventas que en un período se realizan (según la interpretación del Sr. Sáenz) parecen ser las mismas que nacen de esos ingresos; el ahorro y la inversión se igualan siempre dentro del mismo período. Nada sale

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

del período keynesiano que establezca el enlace con el siguiente.

16) Aquella misma identidad entre el ahorro y la inversión real, que parece clave de la doctrina, no se concibe más que como resultado de que Keynes, al hablar de la inversión, no piensa en la aplicación posterior de las rentas obtenidas de la producción, sino en las producciones reales de que tales rentas proceden, y que quedan *ipso facto* convertidas en esas cosas. Los ingresos procedentes de construir una máquina, se hallan capitalizados en esa máquina, los resultantes de producir pan o queso quedan capitalizados en ese pan y ese queso mientras no se consumen, y cuando se consumen, dejan naturalmente de ser capital. En ese sentido, y sólo en éste, resulta evidente que ahorro es siempre igual a inversión.

Esto no es considerar los hechos retrospectivamente, como el Sr. Sáenz supone y quizá el propio Keynes, sino retrospectivamente, que no es lo mismo. Keynes retrotrae la cuestión a un hecho anterior: la producción precedente. La capitalización depende, no de la inversión que se haga luego de los ingresos percibidos, sino de que la producción de la cual esos ingresos nacen se halla compuesta de una proporción mayor o menor de artículos de capital y, en todo caso, de que los de consumo se hayan creado en mayor cuantía que lo que exige la propensión a consumir de los sujetos económicos.

La cuestión, reducida a estos términos, puede sintetizarse en el siguiente silogismo: todo lo que de la producción no se consume subsiste; es así que llamamos capital a todo lo que subsiste de lo producido; luego capitalización es igual a producción menos consumo. Esto de tan evidente es vacío, perogrullesco. Y fíjese el Sr. Sáenz que aquí no podemos decir inversión donde Keynes dice *investment*, porque el vocablo inglés abarca el doble sentido de dinero que se emplea y aquello en que se emplea, en tanto que inversión es concretamente empleo de dinero y no la cosa real en que se emplea. ¿Se va explicando el Sr. Sáenz que no era un capri-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cho arbitrario mi traducción del *investment* keynesiano por capitalización?

La inversión se ha de referir a una de dos cosas: o a la inversión de dinero que hizo el productor al crear los bienes que han resultado capitalizados, o a la inversión que hacen luego de sus fondos los perceptores de ingresos que los ahorran y los emplean en una capitalización. En el primer caso se da a la capitalización un carácter retroactivo; en el segundo no se puede admitir que inversión sea igual a ahorro, puesto que el ahorrador es libre de invertir o guardar.

Es evidente que aquí Keynes se fija en el aspecto real de las cosas y no en el monetario. Por eso yo creo que Sáenz, al substituir Consumo por Gasto de consumo en el silogismo keynesiano original, se pone más de acuerdo con la lógica, pero desvirtúa el pensamiento del maestro, porque traduce en términos monetarios lo que parece que en la mente de Keynes se planteaba en términos reales. Que yo no he logrado entender al gran economista, es cosa que reconozco evidente; lo que no me parece tan evidente es que hayan logrado entenderlo, lo que se dice *entenderlo*, sus discípulos, a juzgar por lo a menudo que entran en conflicto y contradicción con sus ideas fundamentales.

Pero hay una cosa clara: que el problema central de toda economía monetaria, el problema del mercado, queda eludido en la doctrina keynesiana. Keynes parece considerar el aspecto real exclusivamente, que es el aspecto único que interesa en una economía natural, en una economía a lo Crusoe por ejemplo: lo que se produce y no se consume es el capital. Algunos de sus discípulos miran tan sólo el lado monetario. Nadie, que yo sepa, relaciona ambos aspectos, que es el problema de una economía monetaria. ¿Por qué se producen en ésta desequilibrios que en la economía natural no se conciben?

Son los inconvenientes, naturalmente, de identificar en uno solo

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

dos conceptos diferentes, y no decirnos en qué sentido se emplea en cada caso.

17) La característica de una economía monetaria es que de la producción no salen tan sólo productos, sino rentas. Por una parte, se crean objetos reales que, en la forma de producción actual, quedan en poder de los empresarios; por otra parte, éstos pagan retribuciones en dinero a los partícipes o colaboradores de ella. Luego, éstos gastan una parte de este ingreso y ahorran el resto, que invierten total o parcialmente. Es al enfrentarse estos gastos e inversiones en capital, cuando se deciden los precios y con ellos los consumos y capitalizaciones reales en relación con el gasto y la inversión monetaria.

La retribución efectiva o real la constituirán los productos que los partícipes de la producción compran con el poder de compra que se les ha atribuído; no depende de lo que se produjo antes y originó aquellos ingresos, sino de lo que con ellos se podrá comprar luego, y que será más o menos según el nivel de precios, es decir, según el valor del dinero en el momento que se invierta. ¿Está esto claro?

El poder de compra que va al mercado puede provenir de ingresos de las más diversas épocas, lo mismo que las mercancías que confluyen procederán de la producción de períodos diferentes, y esa confluencia puede producirse en las cantidades más variadas, dependiendo de este fenómeno cuantitativo el precio corriente, clave de todo. Lo que establece el enlace entre unos períodos y otros son los ingresos que quedan sin invertir y los productos que quedan sin vender, y que pasan así de cada período al siguiente.

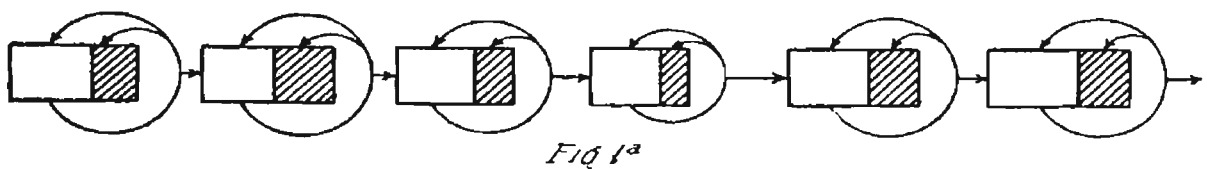
Retrotraer los efectos de la inversión a lo que se produjo antes es encerrarse en un círculo vicioso y concebir los hechos económicos como una involución, siendo así que lo natural y lógico, dentro de la dimensión temporal que se caracteriza por no tener más que un sentido, es concebirlos como una evolución. No podemos ¡ay! re-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

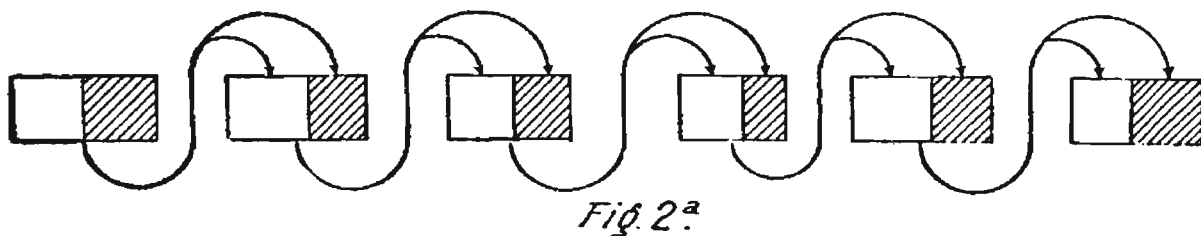
montar el tiempo, cosa bien triste para los que ya vamos siendo viejos.

18) Para terminar —¡ya es hora! pensarán los lectores y pienso yo— voy a ofrecer, en imagen gráfica, la diferencia que advierto entre la teoría keynesiana y la que yo mantengo.

La serie de rectángulos (fig. 1) representa la producción de varios períodos sucesivos, según Keynes. Cada uno se halla dividido



en dos sectores: consumo y capitalización; naturalmente la magnitud global de la producción depende de la de cada uno de estos sectores. La flecha que sale de la parte inferior de cada rectángulo representa los ingresos y se bifurca en gastos y ahorro, refluendo el primero sobre la producción de artículos de consumo y el segundo sobre los de capital, aunque también se emplee una parte



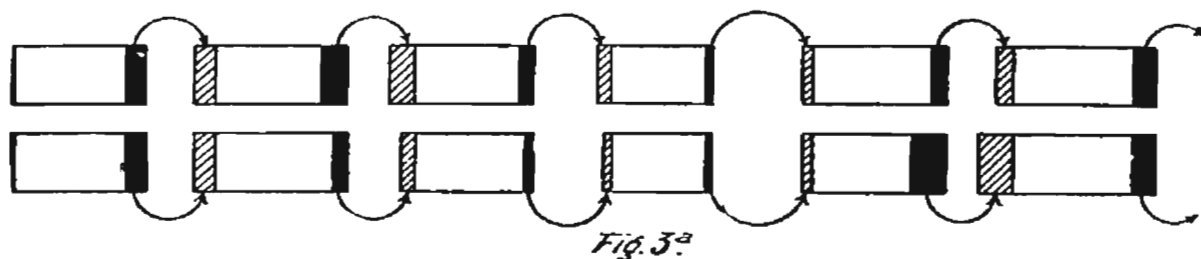
en capitalizar remanentes de artículos de consumo. (Las flechas pequeñas indican simplemente el sentido de la marcha del tiempo, pero ningún enlace se establece entre cada período y el siguiente.)

La segunda serie de rectángulos (fig. 2) representaría la concepción robertsoniana. En ella los ingresos que surgen de la producción de cada período afluyen al siguiente, según indican las

SOBRE LA CONCEPCION KEYNESIANA

flechas. Una relación se establece entre cada período y los que le preceden y le siguen, relación que a mí me parece incompleta.

La concepción temporal y evolutiva que yo propugno se halla simbólicamente representada por la serie de dobles rectángulos de la figura 3. Los superiores simbolizan la producción real, y los de abajo los ingresos procedentes de ella; la porción en negro es, en los primeros, el remanente de existencias invendidas, y en los segundos, los ingresos no invertidos ni en gasto ni en capitalización; ambos pasan a los respectivos rectángulos que representan el período siguiente, como adición a la producción y a los ingresos de él (rectángulitos rayados). Si de los conjuntos así formados segre-



gamos las existencias y disponibilidades restantes al final (porción negra), queda respectivamente la oferta y la demanda efectivas de cada período, que determinan el nivel de precios; las flechas indican el paso de las existencias y disponibilidades de un período a otro.

La característica de esta concepción es que respeta el dualismo propio en todo régimen de dinero y mercado. Sin considerar ese tránsito dual de una época a la siguiente, una teoría que trate de explicar la coyuntura ha de resultar una nuez fallida.